

so, por algunos especialistas de la materia sobre las décadas anteriores que envolvieron el descubrimiento de América. Es más que destacable la labor investigadora que realiza Bernárdez Vilar en cuanto a lo que se refiere a los documentos de época (ya sean cartografías o meras cartas persona-

les...), hecho que aporta una gran precisión histórica al libro que hasta aquí hemos reseñado.

Jordi Pardo Pastor  
Universitat Autònoma de Barcelona  
jordi.pardo@campus.uab.es

O'GORMAN, Ellen. 2000.  
*Irony and misreading in the Annals of Tacitus*.  
Cambridge University Press. 200 p.  
ISBN: 0521 660564

Acumulativo, infinito y siempre incompleto; fascinante y a la vez desconcertante, el «trabajo» de leer plantea siempre un desafío a las propias habilidades, expectativas personales y creatividad interpretativa, y una oportunidad de reflexionar y actuar críticamente sobre sí mismo. Son éstas algunas de las claves para abordar la propuesta de E. O'Gorman: pensar los ejercicios de «lectura» (y de lectura como descubrimiento, decodificación, develamiento, descubrimiento, recreación) efectuados por los personajes de *Anales* como estrategias de lectura del texto mismo de los *Anales*. La hipótesis de personajes «leyendo» mal, entendiendo sólo una parte de las cosas, descifrando inscripciones, escrutando e interpretando gestos, movimientos y posturas del cuerpo o haciendo referencia a autores o episodios literarios, logra a lo largo de este libro pasajes verdaderamente interesantes, enriquecedores y estimulantes para la reflexión sobre algunas cuestiones historiográficas, y atomiza cualquier concepción anquilosada acerca de las prácticas de lectura.

En el capítulo 1, «Introduction: irony, history, reading», O'Gorman se apoya en la definición del *historiador irónico* formulada por H. White (1978), remarcando fundamentalmente «el contraste que se esconde bajo cualquier apariencia de unidad». En la exploración de esa distancia, de esa necesidad constante de «desvelamiento» se basa la lectura hecha sobre el texto de Tácito; y en

su rol de historiador irónico Tácito representa a muchos de sus personajes en el acto de «leer» de muy distintos modos, malinterpretando o interpretando sólo en parte. Hace referencia al lenguaje bajo presión como factor constitutivo esencial de historia irónica, y así el lector irónico logra una posición favorable al involucrarse en una especie de malentendido creativo (p 22). Estas son algunas de las premisas con las que O'Gorman inicia su lectura de algunos pasajes de *Anales*.

En el capítulo 2, «*Imperium sine fine: problems of definition in Annals I*», se asocia *interpretación* —interpretación de fenómenos naturales (*Ann. 1.28*), interpretación de las palabras del general (*Ann. 1.34-35*)— con un modo de lectura determinado socialmente: en *Anales 1*, por ejemplo, son los requerimientos de la clase dirigente los que fundamentan las «lecturas correctas». En el capítulo 3, «*Germanicus and the reader in the text*», se propone la asociación de la lectura que hace Germánico de las ruinas del pasado con la propuesta al lector de *Anales*: la visita al campo de la masacre de Varus, la recolección de los huesos y el relato de la batalla por parte de los soldados muestra que el proceso de «leer historia» es también un proceso de crear historia, y que la relación entre el lector y las huellas del pasado a las que da forma de historia implica más que una identificación imaginativa con el pasado, ya que el pasado moldeado en ese

momento de lectura conduce inevitablemente hacia el lector. Así, por ejemplo, la procesión triunfal de Germánico (*Ann.* 2.41) muestra que el proceso de lectura del pasado depende en última instancia de una imagen cuyo significado es continuamente reinventado en el presente (p. 69).

El capítulo 4, «Reading Tiberius at face value», toma en consideración a dos «lectores» que ejercitan sus habilidades con Tiberio o evitan cuidadosamente (y explícitamente) hacerlo: el historiador Cremucio Cordo y el astrólogo Trasilo. En particular, el episodio de Cremucio Cordo sirve para cuestionar en qué medida el historiador crea un futuro hacia el cual dirige su trabajo; la digresión (*Ann.* 4.32-33) puede ser entendida como un comentario político oblicuo sobre los hechos del presente, y el discurso de Cremucio (*Ann.* 3.35-36) es, en verdad, una revisión histórica del lugar de la historia en política; el episodio se cierra con la afirmación de la imposibilidad del historiador de controlar absoluta y acabadamente el sentido con que ha de ser recibida su «historia». (*Ann.* 4.35.4-5). La perdida y la supresión de la historia, los riesgos de interpretar el relato del pasado como un comentario oblicuo sobre el presente son algunos de los temas que articula el capítulo 5, «Obliteration and the literate emperor», ya que el colapso de la distinción entre pasado y presente es uno de los factores que pueden conducir a la corrosión del significado. Las voces femeninas como fuente de la narración histórica constituyen el eje del capítulo 6, «The empress's plot»; los juegos de alusiones literarias (Virgilio, Tito Livio, por ejemplo) engarzadas en las palabras y acciones de Nerón y en personajes como Lucano, Séneca y Petronio plantean una relación de tensión constante con la tradición, y hacen del capítulo 7, «Ghost writing the emperor Nero», uno de los más atractivos e interesantes. El cierre, «Conclusion: the end of history», no está marcado por el punto en que los escritos de Tácito terminan, o en que son suprimidos por un régimen tiránico, sino por el momento en el cual el sistema políti-

co elide las oposiciones a través de las cuales se articula la comprensión histórica, es decir, elimina ese espacio de contraste en el que el historiador irónico tiene la posibilidad de construir su ironía; así, por ejemplo en *Anales* e *Historias*, durante los reinos de Nerva y Trajano, ese espacio es percibido como unitario, como totalizante, y por lo tanto la historia termina.

Así, según O'Gorman, las estrategias del lector irónico de *Anales* inducidas por Tácito a través de sus personajes «lectores» van desde la interpretación/reinterpretación de fenómenos naturales (eclipse) hasta la distinción entre lecturas correctas e incorrectas; la recuperación del pasado a través de restos materiales que son «leídos» significativa y equívocamente; el acto interpretativo de mirar imágenes que opera como una lectura del pasado, mirando hacia atrás un hecho a partir del cual se puede entrever el futuro; la dilucidación de gestos y palabras; la posibilidad de errores de reconocimiento o de coexistencia de interpretaciones rivales; el reconocimiento, aceptación u olvido de la tradición; el lector de inscripciones como filólogo/arqueólogo e intérprete, como mediador entre sistemas de significado incompatibles; la percepción de los cuerpos como textos significantes y su supresión física como una tentativa de supresión del pasado; la pasividad ante ese olvido contrastada por la actitud del historiador escéptico que recupera las huellas suprimidas; el posible lugar de privilegio concedido a la voz de las mujeres; los juegos de relectura, de alusiones y citas sobre los que inevitablemente se construyen la memoria y el relato históricos; y finalmente, la imitación creativa.

Para poder apreciar todo esto, sin embargo, es necesario superar un obstáculo inicial: es que el primer capítulo del libro de O'Gorman es el que resulta notoriamente difícil de leer. En realidad, así comienza: «Tácito es un autor notoriamente difícil: el tema central de este estudio es qué significa la dificultad de Tácito y cuáles son los medios con los cuales el lector puede responder a esa dificultad». Ante un planteo

así, algunas preguntas surgen: ¿sobre qué base se define «la dificultad» de Tácito? Una de las explicaciones dadas planteadas considera esa modalidad de escritura histórica como un medio para definir la dificultad de los tiempos que se están contando, y la necesidad de constante reacomodamiento a la ambigüedad y a la complejidad como un mecanismo de protesta política. Ahora bien, ¿es posible pensar en un lector estándar, atemporal, cuyas estrategias de decodificación sean semejantes a lo largo del tiempo?; ¿es posible la transferencia de modalidades de lectura representadas en los personajes, al lector de *Anales*?; ¿a cuál lector?; ¿al lector «prefabricado», presupuesto por Tacito?; al lector que históricamente consumía esos textos en Roma?; ¿a los lectores de Tácito en el Renacimiento?; ¿a nosotros? No deja de ser llamativo que O'Gorman hable de una «comunidad de lectores» así en general, o de un ideal «lector escéptico» (p. 21), cuando en capítulos sucesivos la misma O'Gorman critica ácidamente las lecturas ahistóricas (p. 76) o se cuestiona acerca del futuro lector al que se dirige Tácito (p. 145).

Tal vez una de las razones de esta contradicción esté en la limitación que ofrece la definición de ironía adoptada, y que deja de lado un aspecto esencial: el de la complicidad del receptor. Es él quien hace funcionar el enunciado irónicamente (independientemente de si el enunciado es diametralmente opuesto o sólo ligeramente diferente), pero sus capacidades de percepción

de ese «distanciamiento irónico» están absolutamente determinadas históricamente y son, por lo tanto, imposibles de definir así en modo general. Del mismo modo, el intento de caracterizar un «historiador escéptico» en ese primer capítulo se realiza mediante la universalización de los rasgos del caso singular (Tácito) que se quiere exemplificar justamente en función de esa definición.

Por suerte, también el libro de O'Gorman se puede leer un poco mal porque muchas de las preguntas que se plantean en ese primer capítulo quedan suspendidas, sin respuesta; muchos de los provocativos planteos que despiertan estos atentos y minuciosos análisis (y en algunos casos «notoriamente difíciles») de ciertos pasajes de los *Anales* conducen a unas nuevas, agudas y desconcertantes lecturas *filológicas* de los textos; pero a la vez (o tal vez, justamente por eso) pueden también llevarlo a uno hacia fuera, a enfrentarse (y cuestionarse) con sus propias estrategias de lectura; a repensar el entramado textual de las obras historiográficas como un artefacto político cuyo primer plano de tensión es el campo lingüístico y cuyo poder de impacto se renueva, imprevisiblemente, cada vez que un lector —¿irónico?, ¿ingenuo?, ¿crédulo?, ¿escéptico?— se enfrenta con el texto y empieza a (mal) leer.

Ana Cecilia Miravalles  
Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades-CONICET  
Bahía Blanca, Argentina

ADRADOS, Francisco R. 1999.

*Del teatro griego al teatro de hoy.*

Madrid: Alianza Editorial.

Biblioteca Temática 8218: Clásicos de Grecia y Roma. 369 p.

Com a primer avvertiment hem de dir que el llibre del professor Adrados no és un llibre de tesi, no ve a dur cap novetat essencial a la perspectiva inaugurada per ell a *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes del teatro* (1972). Més aviat en recull

alguns fruits per a posar-los a l'abast del públic culte i interessat. En la seva major part (només hi ha un assaig inèdit) es tracta del text de conferències *i mises au point*, sobre aspectes tractats per ell manta vega da. De manera especial, les dues primeres